

CUENTOS DE LUCES, TESOROS Y APARECIDOS

Texto y dibujos de Juan Luis Gallardo

## ACLARACIÓN

Estos cuentos no son cuentos.

## INTRODUCCIÓN ALGO ARBITRARIA

A mi padre le interesaba enormemente todo lo referido a la larga guerra sostenida para incorporar efectivamente al territorio nacional esas vastas extensiones que, genéricamente, se conocían como *el desierto*. De manera que, impulsado por tal interés, leyó aplicadamente buena parte de la literatura vinculada con el tema. Así, a través de menciones contenidas en partes suscriptos por comandantes de frontera o en las detalladas descripciones que realizara Estanislao Zeballos, descubrió la existencia de un lugar que comenzó a ejercer sobre él una fascinación peculiar: las sierras de Lihué Calel.

Observó en efecto que se hablaba de ellas como de un lugar privilegiado, sito en medio del *Huecubú Mapú* (País del Diablo). Allí había agua abundante y pasto para que se repusieran las caballadas exhaustas, árboles de buen porte que brindaban reparo a los jinetes, montañas que permiten otear leguas y leguas de la áspera *travesía* circundante y ejemplares únicos de una flora singular. Detalles todos que justificaban el anhelo de nuestros viejos soldados por alcanzar las sierras y el empeño de los últimos lanceros indios por defenderlas.

Un día del invierno de 1942 mi padre resolvió lanzarse tras su ilusión y llegar hasta las sierras. La preparación del viaje tuvo algo de quijotesco y mucho de tartarinesco. Para empezar, eligió sus compañeros

de expedición, que fueron tres, a saber: Gaspar Cañuelo, español, natural de la provincia de Salamanca, cuya chacra lindaba con “Huinca Hué”, el campo donde vivíamos; Eduardo Macchi, con taller mecánico en la próxima localidad de Pirovano, provincia de Buenos Aires, cuyos conocimientos resultarían de aplicación ante eventuales averías del coche que los transportaría, un Ford 1940, sedan, azul, con volante a la derecha; y Francisco Larroque, mayordomo de Huinca Hué, criollo de bigote blanco, poseedor de un *Smith & Wesson* 38 largo, niquelado, caño de seis pulgadas, que se echó a la cintura para la ocasión.

Las previsiones adoptadas por papá fueron minuciosas. Así, se proveyó de machete para el caso de tener que abrir picada. De una cuarta por si se hacía necesario remolcar el auto. De bidones destinados a reponer combustible en descampado. De cubiertas y parches para reparar cámaras pinchadas. De agua y latas de conservas. De abrigo suficiente. De una brújula y un *Winchester* 44, por las dudas. Así equipados, dispuestos a superar cualquier obstáculo y vencer cualquier peligro, partieron los expedicionarios muy de madrugada, rumbo al sur oeste con papá al volante.

Pese a la meticulosidad con que mi padre planeó la expedición, hubo un detalle que no tomó en cuenta: consultar algún mapa caminero actualizado. De manera que, al llegar a la localidad pampeana de General Acha y recoger información para seguir adelante, tuvo una agradable sorpresa. Que consistió en averiguar que, allí cerca, a poco de superar *Trarú Lauquén*, encontraría el comienzo de la Ruta Nacional 152, que pasa al pie de las sierras.

Ilustración página siguiente:  
*Luis F. Gallardo listo para viajar a las sierras.*

Después de hacer noche en el *Hotel París* de General Acha (el otro hotel se llamaba *Londres*), los viajeros enfilaron hacia Lihué Calel, distante unos 125 kilómetros rumbo al poniente. Y, conforme a las noticias recibidas, pronto estuvieron en la ruta que, por *Puelches*, lleva hasta *La Japonesa* para alcanzar luego el Valle del Río Negro.

La ruta, de ripio, estaba perfectamente mantenida, presentando como único accidente el consabido *serrucho* que produce el viento en los trayectos patagónicos. Un guardaguanado, de vez en cuando, separaba los extensos lotes en que están divididos esos campos, casi despoblados y que apenas sustentan unas pocas cabezas de hacienda por legua cuadrada. El camino, recto, cortaba la travesía que se dilataba hasta diluirse en el horizonte impreciso. A los costados, tierra liviana como ceniza, matas de jarilla y alpataco, alguna isleta de chañares en los bajos. Una *mara*, un zorro o una *gallinita de monte* cruzaron veloces. Y, de pronto, allá lejos, junto al borde derecho de la ruta, la silueta azulada de las sierras.

+++

Vistas de lejos, las sierras parecen modestas elevaciones desgastadas por el clima. Pero, al aproximarse, luego de superar un pronunciado desnivel que precede a la cuenca blanca de un salitral, cabe advertir que constituyen un sistema, con valles y cordones montañosos bien definidos.

Cuando mi padre llegó allí, bastante decepcionado por lo que veía, en las sierras había sólo dos poblaciones. El puesto caminero de Vialidad Nacional, a cargo de Andrónico Molina y su mujer Nieves, que

daría cobijo a los visitantes, y la llamada *Casa de Piedra*, ocupada por la familia Antúnez, erigida en un vallecito que, cual cuña dorada de *paja brava*, trepa por la falda occidental del cerro más destacado del conjunto.

Poco duró la decepción de papá. Pues, a poco que uno se interne en las sierras, desaparece la impresión de tratarse tan sólo de unos montículos graníticos, ya que el panorama que se desplegará ante nuestros ojos resultará decididamente más atractivo de lo que podría haber supuesto el viajero apresurado.

Lo cierto es que, luego de explorarlo, mi padre quedó prendado del lugar, que respondió finalmente a las expectativas suscitadas por sus lecturas. Curioso y anhelante lo recorrió en varios sentidos, dejando constancia de las impresiones recogidas en un artículo que aparecería más tarde en el suplemento literario de *La Nación*.

Situó los accidentes descriptos y bautizados por Zeballos (cerros *De la Sociedad Científica* y *Del Instituto Geográfico*, *Baño de Namuncurá*) y descubrió otros que, con el tiempo, serían bautizados o rebautizados por él (*Cerro de la Cruz*, *De la Salve*, *Arroyo de las Flechas*, *Gruta Pintada*, *La Salamanca*), los cuales se sumaron a varios que ya contaban con nombres impuestos por el uso local que, en algunos casos, vinieron a reemplazar los elegidos por Zeballos (*Cerro Alto*, *Sierra Fea*, *La Estafeta*, *Cerro del Bagual*, *Cerro Cortado*, *La Fortaleza*, *Valle de los Angelitos*).

Ilustración página siguiente:  
*Las sierras en la lejanía*

Algunos de tales nombres merecen un comentario aclaratorio. Al Cerro de la Cruz se lo llamó así porque en su cima hizo plantar papá una cruz de buen porte que luego se emplazó en otra parte. Al Arroyo de las Flechas le empezamos a decir de ese modo por la cantidad de ellas que encontrábamos en sus márgenes. La Gruta Pintada mostraba en sus anfractuosidades dibujos hechos por los indios, en rojo y negro. En cuanto a La Salamanca, es otra gruta, cuya boca se abre (o se abría) en una lomita que recuerda aquella que alberga las cuevas de Altamira y cuyo fondo nunca fue alcanzado por nadie. La Sierra Fea no es fea sino difícil de escalar. La Estafeta era un rancho, con paredes *de chorizo*, metido en medio de un bosquecito de chañares y donde, en algún momento anterior a la llegada de papá, un jinete dejaba correspondencia para los escasísimos pobladores que allí había, entre los que se contaba Sofía Orozco, mujer esbelta según recordaban, que vivió sola en las sierras y poseía una tropilla de bayos. La denominación de Cerro del Bagual aludía a la presencia de un caballo salvaje que solía verse en sus proximidades. El Cerro Cortado está separado del sistema, hacia el poniente. En cuanto a La Fortaleza, contaré algo a su respecto más adelante. Y en el Valle de los Angelitos había unos pequeños cajones de tablas mal ensambladas, calzados en las horquetas de unos frondosos *Sombras de Toro*, que contenían huesos de niños a los que se sepultaba de tal modo. También había huesos de chico bajo una gran peña, próxima a *La Casa de Piedra*.

+++

Tanto se entusiasmó papá con Lihué Calel que resolvió comprarlo. Cosa que pronto estaría en condiciones de hacer pues recibiría cierta suma, proveniente de la venta de una casa incluida en la sucesión de su padre. Pero, antes de decidir la operación, quiso saber qué opinaba mamá y la llevó a conocer las sierras. Mis hermanas mellizas y yo participamos de aquel viaje. A mamá le encantó el lugar y se realizó la

compra, a razón de seis pesos la hectárea. El campo se llamó *Santa María de Lihué Calel* y su dirección postal resultaba muy sugestiva: *Mensajería Nacional por General Acha – Pampa Central*.

Efectuada la adquisición, había que edificar. Tarea nada fácil por varios motivos. Primero, porque no era sencillo alzar una construcción que no discordara con su contorno. Segundo porque, estando la población más próxima a 125 kilómetros (la cercana localidad de *Puelches* se reducía a un boliche y un surtidor de nafta) no se contaba con mano de obra para ello.

El primer problema lo resolvió mi padre proyectando una casa que recordaba el fuerte de Zinderneuf, donde Beau Geste tuvo su *entierro viking*. Cuadrada, con almenas y dos torres retaconas, gran patio interior, capilla, galería, cimientos de piedra y paredes de adobe que tenían casi un metro de espesor. Sobre el arco que daba acceso al patio luciría una leyenda española que reza: *No traspase este portal/ quien no jure por su vida/ ser María concebida/ sin pecado original*.

La solución del segundo problema fue don Francisco Centurión. Que era un criollo arquetípico, flaco, con pelo y bigotes retintos, diestro en cualquier quehacer campero, habilísimo para trabajar con tiento, jinete consumado, buen tirador, hombre de autoridad. Narrador excelente, tuve el privilegio de oírle contar la historia del *Mago Merlín y los Pares de Francia*. Trabajó con mi abuelo materno, el doctor Aquiles Pirovano, en su estancia *Epu Lauquén*. Y después lo hizo con papá, que volvió a requerir sus servicios para acometer la empresa pues, enfermo, estaba medio retirado a la sazón.

Ilustración página siguiente:  
*El casco de Santa María de Lihué Calel*



Y don Francisco sacó las cosas adelante. Puesto al frente de unos cuantos muchachos contratados en Pirovano, hizo cortar adobe, concertar piedras, desbistar vigas de madera dura, alzar paredes. Hasta rematar su cometido concluyendo aquella casa, cuyas ruinas son hoy objeto de excursiones turísticas sazonadas con explicaciones más o menos fantasiosas. Cumplida la tarea, don Francisco dejó las sierras para morir poco después, en el hospital de Bolívar.

A la época en que se construyó la casa corresponde esta espléndida crónica, estampada por papá en el álbum que confeccionó con fotografías y recortes referidos a Lihué Calel, actualmente en mi poder:

*El Lunes 17 de enero de 1944, salgo en camión de Huinca Hué, con Pedro Rodolfo Centurión, Francisco, que vuelve a hacerse cargo de su puesto de encargado, y los siguientes muchachos contratados por dos meses: Santos Herrero, Raúl Picazo, Raúl Villalba, Alberto Lemus, Rogelio Rodríguez, Alfredo Zarco y Benigno Pérez. ¡Once personas en camión! Pernoctamos en Gral. Acha. Al llegar a las Sierras queda agua en el pozo apenas para dos días. Presentase gran tormenta a la noche. No deja ni una gota. Angustiado, a la mañana siguiente, con fuerte calor, vamos con Francisco al jagüel que dista 2.000 metros de la casa. Al tirar el balde, sale una rata podrida. El agua contaminada. Al regresar al campamento, comprobamos que el agua, ya abombada, despide feo olor. Ordeno que no se tome cruda, sino como mate. En la tarde uno de los peones, que no siguió mi consejo, sufre una fuerte intoxicación alarmante. Cae la noche y el cuadro es triste. A la una de la madrugada despiértanos tormenta. ¡Llueve! Rezo el Rosario con toda mi alma. Al cuarto de hora deja de llover. Sólo diez milímetros. Todos reanudan el sueño. Quedo velando. Un creciente ruido en las sierras lo atribuyo al pampero que limpia. Su intensidad me alarma. Despierto a Francisco. En ése momento centenares de sapos estallan en su canto, valle abajo. Ellos anuncian que el arroyo Namuncurá viene crecido, me dice Francisco. Despierto a todos y corremos al*

*zanjón que caminé, calcinado, durante el día. Llegamos con la cabeza de la creciente. Piedras, ramas y troncos llevados por furiosos remolinos. ¡Bendito sea Dios, mil y mil veces! Nos abrazamos. Bebemos hasta hartarnos. A la luz de los relámpagos, se ve el cauce repleto de borde a borde, con un lomo de agua al medio. ¡Así corre cuatro horas! A la mañana siguiente hay tres metros de agua en el pozo y se sigue llenando con los hilos cristalinos que manan del lado de la Sierra. Al emprender el regreso, horas después, compruebo que a legua y media de las Sierras no había caído una gota de lluvia.*

+++

La gente suele veranear en Mar del Plata, Miramar, Cariló, Punta del Este, Brasil. O, a veces, en las Sierras de Córdoba. Nosotros lo hacíamos en Lihué Calel. Comenzado enero, partía la familia desde Huinca Hué, tripulando vehículos que fueron variando a través de los años. El más utilizado fue una frontal Chevrolet, construida en Canadá para el ejército norteamericano. Cuya gran capacidad apenas resultaba suficiente para dar cabida al pasaje numeroso (somos nueve hermanos) y al equipaje somero (uno de los atractivos de las sierras consistía en que los baños eran esporádicos y no se justificaba mudar ropa demasiado seguido).

Las provisiones para la estadía se adelantaban desde “La Moderna”, en General Acha, y daba gusto verlas, apiladas en la amplia habitación que hacía de despensa. Se contaban entre ellas bolsas de papas y de galleta que, con el paso de los días, se volvía seca y quebradiza como bizcocho; cajones de manzanas, barricas de vino del Alto Valle, liviano y fragante; aceite, manteca salada, arroz, paquetes de fideos, latas de duraznos al natural, cajas de orejones...

En lo que me atañe, mi mayor preocupación consistía en llegar bien provisto de balas pues, durante esas temporadas, me la pasaba tirando a cualquier cosa que se moviera, desde cuervos y vizcachas hasta cuises y arañas pollito. Otro entretenimiento, amén del de trepar cerros y hacer largas excursiones, consistía en buscar puntas de flechas, raspadores, boleadoras, pedazos de alfarería que atestiguaban que el lugar había sido asiento inmemorial de tolдерías sucesivas. También, con frecuencia, hallábamos cartuchos del *Remington* con que estaban equipados los regimientos de línea y botones de bronce que lucían el escudo nacional, prueba del paso de los sufridos milicos que enfrentaron a la indiada en los años bravos de la patria.

Eran por cierto formidables aquellas temporadas estivales en las sierras. Desprovistas de confort, apuntaban a conferirnos algo del temple que papá procuraba inculcarnos a toda costa. La vida frugal, el contacto con la naturaleza, las prolongadas caminatas, el acecho de alguna presa, sirvieron para forjar el carácter y ejercitar aptitudes que ha perdido el hombre urbano. Razones todas por las cuales recuerdo con nostalgia y gratitud esos días ya lejanos.

+++

He postergado adrede mencionar a uno de los personajes relacionados con las sierras, por medio del cual alcanzaré finalmente los temas de este libro, cuyo abordaje vengo demorando. Me refiero a Pedro Nolasco Gauna, casado con Josefa Antúnez, antiguos pobladores de la zona uno y otra.

Gauna era más vale petizo, de ojos claros circuidos por un halo blanquecino, abundante pelo castaño y bigotito recortado al modo de Adolfo Hitler. Hombre de a caballo, no le hacía ascos sin embargo a acompañarnos en las largas caminatas que organizaba papá. Quien había concertado con Gauna

un original acuerdo, consistente en facilitarle la explotación del campo a cambio de que él y Josefa hicieran de caseros y nos atendieran durante nuestras estadias.

Pero a lo que voy es a informar respecto a los amplios conocimientos que poseía Gauna en materia de historias vinculadas con luces y aparecidos, como así también a su habilidad para contarlas, respetando las pausas que imponía la cadencia requerida y adornado el relato con detalles enderezados a acreditar su veracidad, que jamás pusimos en duda.

La circunstancia de aquellas narraciones solían ser ciertas sobremesas nocturnas, sentados todos en torno a la gran mesa del comedor, cuyo centro ocupaba un farol que proyectaba nuestras sombras contra las paredes blanqueadas y convocaba numerosas maripositas que, encandiladas, giraban en torno al *soldenoche* trazando órbitas irregulares con sus vuelos. Una botella de ginebra *Bols* contribuía a animar la velada.

Inducido por alguna frase oportuna y luego de muchos circunloquios iba arribando Gauna al umbral de sus relatos, deteniéndose allí para permitir que la expectativa llegara a su debido punto. Logrado el cual empezaba a desgranar los datos de tiempo y lugar que prestaban marco al extraordinario suceso que sometería a nuestra atención. Atención ésta que en nada afectaba el hecho de que, casi siempre, conociéramos el caso de antemano pues, como ocurre con los buenos narradores, Gauna podía repetir sus

Ilustración página anterior:  
*Pedro Nolasco Gauna*

historias sin que ello les restara interés. Por el contrario, las que tenían mayor éxito eran las que mejor conocíamos.

Lo malo era dirigirnos a nuestros cuartos cuando, avanzada la hora, papá daba por terminada la reunión. Porque la casa de las sierras no contaba con electricidad y, a la luz temblorosa de las velas, el trayecto se nos antojaba poblado de confusas presencias que nos hacían apresurar la marcha y mirar por sobre el hombro para establecer si alguien –o *algo*– nos seguía. Singular estado de ánimo que podía verse agravado por el paso veloz de un murciélago que agitaba la llama, poniéndola en trance de apagarse. O por el seco ladrido de un zorro que quebraba de improviso el silencio inmenso de la noche.

+++

Lihué Calel es hoy Parque Nacional. En virtud de una decisión, dolorosa para nosotros pero justificable desde el ángulo del interés general, las sierras nos fueron expropiadas para convertirlas en una reserva de fauna y flora abierta al público. Aún existen en el lugar las ruinas de la casa y una plantita que allí crece, descubierta por un botánico que, al clasificarla, tuvo la deferencia de incluir en su nombre el término latino *Gallardia* en homenaje a mi padre.

+++

De primera intención pensé denominar las páginas siguientes “*Cuentos de Gauna*”. Pero después caí en la cuenta de que incluirían también otros, de distinto origen. De manera que deseché el título. Sin embargo, como homenaje a quien nos inició en el conocimiento de estas historias y recordando el lugar donde las oí

por primera vez, me ha parecido oportuno dedicarles la presente introducción, que quizá haya resultado algo más larga que lo prudente. Y que también puede servir para preparar al lector, “poniéndolo en ambiente”, como hacía Gauna antes de iniciar sus relatos.

Ilustración página siguiente:  
*Atardecer en las sierras*

## I – LA CALAVERA Y EL DESTELLO

Si bien este libro pudo haberse llamado “*Los Cuentos de Gauna*”, la historia que elegí para darle comienzo no es un cuento de Gauna. Se trata en cambio de un suceso que le ocurrió a mi padre en el primero de sus viajes a las sierras y que él mismo relata en el artículo sobre Lihué Calel que ya he mencionado, aparecido en *La Nación* el 8 de agosto de 1943. Transcribo textualmente el fragmento que hace al caso.

*Cavábamos en la cumbre de un cerrillo. Un fémur, una tibia, clavículas, costillas. Sin duda, era aquél el cementerio buscado. ¿Hallaríamos un emprendado de plata? Entre las piedras apareció, lisa y redonda, una tapa de cráneo. Me incliné para sacar con mis manos la pieza que la pala podía estropear. Era mediodía. En ese instante un resplandor vivísimo nos deslumbró a los cinco que allí estábamos. La enceguecedora luz provenía de la copa de un caldén, que estaba en el valle, distante tres o cuatro cuadras. Fingiendo indiferencia, inquirí qué era aquello.*

*-Allí no puede haber nadie- me contestaron con supersticioso temor.*

*Y no había nadie. Para encuadrar el incidente dentro de la lógica, decidí que aquél debía ser un árbol de gualicho, uno de esos caldenes inmensos que los indios honraban atando en sus ramas lanitas de colores, cuentas, espejitos o vidrios. De ahí el reflejo.*

+++

*Regresé ufano por el valle. Traía el cráneo indígena desenterrado, con mil precauciones. Me salió al paso una vieja, de rasgos autóctonos definidos. Vio el cráneo y su cara se contrajo con odio y horror. Esperé resignado una maldición. Pero repentinamente se llenó de júbilo, y señalando la zigzagueante soldadura de los huesos de la cabeza, exclamó: no ser de hermano, tiene cruz en el mate.*



## II – EL GUARDIÁN DE LA TRANQUERA

Este sí es un *Cuento de Gauna*. Que le oí más de una vez sin que, según era de estilo, el relato incluyera modificaciones ni variación alguna.

*Dos de los extensos lotes en que se divide la travesía que rodea las sierras están separados por un alambrado. Y en el alambrado hay una tranquera. Tranquera ésta que, por razones que pronto alcanzará el lector, a la fecha en que conocí esta historia permanecía clausurada, para que nadie cometiera la imprudencia de intentar franquearla.*

*Lo que ocurría es que la tranquera tenía algo así como un guardián, que cerraba el paso a quien tratara de pasar por ella. Se trataba del jinete de un overo, hombre de sombrero aludo ocultándole la cara, saco largo y piernas cortitas. Que se acercaba a la tranquera, despaciosamente, al aproximarse algún transeúnte con intención de abrirla. Y que desmontaba en cuanto el viajero se apeaba, cerrándole el paso cuchillo en mano.*

*Un negro o mulato trabajaba en un puesto relativamente próximo a la tranquera. Para llegar al cual, evitando ésta, se hacía necesario dar un largo rodeo. Que, cierta tarde, el moreno prefirió omitir porque se le había hecho tarde y anocheía.*

*Al galope de su montado se dirigió a la tranquera. Y no bien se acercó a ella ya vio que también lo hacía el del overo, surgido vaya uno a saber de dónde. Ambos jinetes acortaron distancia respecto a la*

*tranquera al mismo tiempo, el negro como quien viene del naciente y el del overo como quien viene del poniente, donde ya se habían apagado los fuegos del ocaso.*

*También desmontaron los dos al mismo tiempo, alcanzando el negro a abrir la tranquera. Que no llegó a franquear porque el otro se le vino al humo, tremendo facón en la diestra y envuelto el poncho en la zurda.*

*No se sabe el tiempo que duró la pelea, pero sí que fue larga. Quitos, tajos y puntazos menudearon por una y otra parte. Y, cada vez que el negro le entraba a fondo a su rival, sentía como que su arma atravesaba un cuero reseco y vacío, difundiéndose en el aire un marcado olor a azufre.*

*Ya era noche cuando, así como había aparecido, desapareció el del overo.*

*Y cuentan que el negro llegó al puesto abrazado al cogote del caballo, llorando y extraviado el entendimiento. Lo llevaron a Bahía Blanca para tratarlo.*

Ilustración página siguiente:  
*Un hombre de sombrero aludo y piernas cortitas*

### III - LAS TOSCAS DEL TAJAMAR

La historia que sigue también nos la contó Gauna. Y en ella tiene participación el padre Buodo, benemérito sacerdote salesiano que recorrió La Pampa a uña de caballería, haciendo el bien a manos llenas. Como reconocimiento a tan esforzada labor cuenta con un monumento, erigido a su memoria en la ruta que une Santa Rosa y General Acha, justo donde nace la que conduce a Río Colorado.

*Dos muchachos jóvenes se alojaban en una casa próxima a un tajarar, grande y profundo. Uno de ellos, como era pleno verano y el calor apretaba, decidió darse un baño en el tajarar. No se sabe qué le pasó, quizá perdiera pie y no supiera nadar, quizá estuviera nadando y se acalambrara, lo cierto es que empezó a ahogarse. En situación tan apurada alcanzó a gritar pidiendo auxilio. Lo oyó su compañero y se tiró al agua para prestarle ayuda. Pero, fuere cual fuere el motivo, terminaron por hundirse y morir los dos.*

*El desgraciado suceso causó impresión en la zona. Y alguien, tiempo después, pasó a habitar aquella casa que albergara a los infortunados jóvenes. Alguien que, pronto, vería turbada su existencia por un extraño fenómeno, repetido.*

*Ocurrió que, sin previo aviso, sin que nada lo anunciara, en la casa empezaron a caer grandes pedazos de tosca que golpeaban el techo o se estrellaban contra el piso haciéndose añicos. Se trataba de la tosca extraída al cavar el tajarar, trozos de la cual se amontonaban junto a sus orillas. Y que, como digo, caían dentro de la casa o atravesaban el techo de chapas sin agujerearlo. En cualquier momento caían las toscas,*

*produciendo un gran ruido al estallar, deshaciéndose. Pero, pese a tratarse a veces de fragmentos grandes, nunca rompían nada ni lastimaban a nadie.*

*La noticia hizo camino rápidamente, difundiéndose en leguas a la redonda. Llegaron vecinos y forasteros para verificar la realidad de los hechos, que vieron así producirse ante sus ojos. El tajamar estaba bastante alejado de la casa y el peso de los pedazos de tosca era considerable, de modo que no había brazo humano capaz de arrojarlos. Pese a ello se vigilaron las inmediaciones, comprobándose que nadie lo hacía. Pero las toscas seguían cayendo, pulverizándose con estrépito dentro de la casa, sin causar daños ni lesiones.*

*Por fin a alguno se le ocurrió dar intervención en el caso al padre Buodo. Que concurrió al lugar y ofreció sufragios por las almas de los muchachos fallecidos. Con lo cual cesó el fenómeno, que no volvió a repetirse.*

+++

Es de buena doctrina admitir que las almas del purgatorio puedan pedir sufragios para salir de allí y entrar al cielo, valiéndose a veces de medios extraordinarios. Posibles manifestaciones de ello volveremos a ver más adelante.

#### IV – LOS ESTRIBOS DE PLATA

Otro de Gauna. Que, diría, ocurrió en algún lugar relativamente próximo a la tranquera que custodiaba el jinete del overo.

*Varios hombres estaban reunidos con ocasión de algún trabajo, que pudo ser un rodeo a campo abierto, la apertura de una picada o el tendido de un alambrado. Ya había anochecido, ardía un fogón y el mate circulaba de mano en mano. En eso, tal como había sucedido noches antes, una luz se levantó sobre el fachinal que los rodeaba. Alguno hizo referencia a ella y, ante el comentario, declaró un mocetón del grupo:*

*- Dicen que donde sale una luz hay plata. Voy a ver si encuentro el lugar para cavar mañana allí.*

*Pese a alguna recomendación en contrario se alejó el mozo, dispuesto a establecer el sitio en que aparecía la luz.*

*A la mañana siguiente, interrogado el explorador por sus compañeros, respondió ambiguamente. Y, aprovechando la pausa del mediodía, se perdió entre el monte provisto de una pala.*

*Durante algunas jornadas se repitió la situación: el muchacho respondía las preguntas con vaguedades, aunque admitió que había encontrado el lugar buscado y que estaba excavando en él; y ya no sólo se internaba en el monte a mediodía sino también a la caída del sol.*

*Una tarde, por fin, estaban los hombres mateando junto al fuego y ausente el mozo, entregado a su búsqueda. Hasta que lo vieron venir, corriendo, desmelenado, jadeante, con expresión de pánico. Como alma que lleva el diablo pasó junto al grupo, demorando apenas su carrera para tirar entre sus compañeros un par de estribos de plata y seguir huyendo, vaya uno a saber de qué.*

*Varios se lanzaron tras él, hasta alcanzarlo y reducirlo. También hubo de ser tratado en Bahía Blanca a raíz de la impresión sufrida. Y, recuperado el juicio parcialmente, explicaría lo siguiente:*

*Que ya era bastante profundo el pozo que estaba cavando, cuando la pala golpeó algo que produjo un sonido metálico. Fue así que desenterró aquellos estribos, saliendo del pozo con ellos en la mano. Pero no había terminado de hacerlo cuando, proveniente de un lugar impreciso, sonó una voz grave, ronca, aterradora, que dijo:*

*-No agarre lo que no es suyo.*

El protagonista de esta historia, años después, trabajó en la construcción de la casa que papá alzó en las sierras.

Ilustración página siguiente:  
*La excavación después del hallazgo*

## V – EL CERRO DE LA FORTALEZA

El *Cerro de la Fortaleza* no es propiamente un cerro sino, más bien, una cerrillada baja, de perfil redondeado, entre cuyas piedras crecen matas de paja brava, tunas *puelchenses* y algunos piquillines o albaricoques. Está situado no lejos del lugar en que estuvo la casa y su única falda abrupta cae sobre el que Zeballos denominara *Baño de Namuncurá*.

Ese cerro o cerrillada presenta una peculiaridad. En su cima, junto a un *chañar brea*, existe una piedra de buen tamaño, rodeada de un cerco bajo formado por otras menores, apiladas a modo de pirca irregular. Es de suponer que tal conjunto fue el que diera origen al nombre del cerrito, ya que podría sugerir la traza de un *pucará*. Y, con respecto a ello, contaba Gauna:

*Desde que yo recuerdo, en el Cerro de la Fortaleza están esa piedra grande y la parecita que la rodea. Pero la gente vieja decía que antes las piedras eran tres: la que se ve ahora y otras dos algo más chicas que tenía a los costados. También decía que debajo de esas piedras estaban enterradas cosas de plata que habían sido de los jesuitas. Y que de ahí salía una luz que se perdía al pie del cerro, por donde pasa el zanjón.*

*De esta historia se enteraron unos chilenos, que andaban por la zona y que resolvieron mover las piedras para quedarse con la plata enterrada. Usando las herramientas que tenían consiguieron sacar las que estaban a uno y otro lado de la piedra más grande. Y cuentan que abajo de ellas hallaron unos candeleros de plata. Pero con la piedra grande no pudieron. Así que se fueron para un campamento que*

*tenían en El Carancho a buscar herramientas mejores y hacerse de dinamita, por si era necesario volar la piedra. Ninguno de los tres volvió a las sierras. Uno murió de golpe, el otro se trastornó y el tercero, asustado al ver lo que les había pasado a sus compañeros, abandonó el asunto. La parecita que tiene alrededor la piedra grande parece que está hecha con las que sacaron los chilenos cuando cavaron.*

Hasta aquí el cuento de Gauna. Lo confirmaba doña Teófila Patiño, una mujer de bastante edad que vivía cerca del *Chadileufú* y venía a ayudar en las tareas domésticas cuando nosotros estábamos en Lihué Calel, agregando que ella había visto la luz que bajaba de La Fortaleza y se perdía cerca del Namuncurá. Sólo agregaré que, aunque alguna vez nos propusimos dinamitar aquella piedra, por una razón u otra la cosa quedó en proyecto. Y la piedra sigue allí. Vaya uno a saber qué tiene debajo.

Ilustración página siguiente:  
*La Fortaleza*



## VI – LA VIUDA

*Se le presentó la viuda* suele decirse para indicar que alguien topó con una situación adversa y repentina. Y el origen del dicho no es otro que una historia de aparecidos que se repite en el campo con ciertas variantes. Yo se la oí a Gauna, contada de manera incidental y sin mayores detalles. Y de ella recuerdo tan sólo que *la viuda*, bajo el aspecto de una forma blanca y algo traslúcida, se le solía presentar a quien, entrada la noche y de a caballo, pasara cerca de un *sombra de toro* corpulento que estaba junto a la curva que hacía el camino al dejar a un lado Trarú Lauquén. La espectral figura se enancaba al aterrado jinete, suspirándole en la nuca.

Como el lugar de las apariciones era de tránsito obligado para ir o volver de las sierras, muchas veces pasamos por allí. Pero nunca de noche. Quizá por eso o porque andábamos en coche, *la viuda* nunca se nos manifestó.

## VII – PIEDRITAS

El *Arroyo de las Flechas* pasaba frente a la *Gruta Pintada*. Y, a partir de ella, aguas arriba, corría encajonado, elevándose abruptas laderas a izquierda y derecha de su angosto curso, pródigo en cascaditas festoneadas por helechos *doradilla*.

En los primeros viajes que hicimos a las sierras aún se podían observar variadas ofrendas, sujetas a las irregularidades del gran peñasco que, a modo de marquesina, conformaba la *Gruta Pintada*: tiritas de trapo, lanas y piolines, ataduras de alambre, fragmentos de vidrio y alguna otra cosa que no recuerdo. Ignoro si este detalle tiene alguna vinculación con lo que voy a contar, pero no cabe descartarlo pues indicaría que la gruta estaba consagrada a algún culto pagano.

Y lo que quiero relatar es que, si uno caminaba costeando el *Arroyo de las Flechas*, era frecuente que, de vez en cuando, le cayera cerca alguna piedrita venida de lo alto. Piedrita que, desde luego, nadie había arrojado. Ni, razonablemente, podía haberse desprendido de manera espontánea, ya que no es lógico suponer que, regularmente y sólo en ese lugar, por causas naturales las cumbres desiertas escupieran guijarros al paso del transeúnte. Si el fenómeno, a cuyo respecto pueden atestiguar mis hermanos, guardaba alguna relación con la cercanía de la *Gruta Pintada* y sus ofrendas rituales es algo que no puedo afirmar ni negar.

Ilustración página siguiente:

*La Viuda*

## VIII - SILBIDOS

Algo curioso me sucedió cerca de la ciudad de Tiberíades, en Israel, cuando anduve por allí en 1994.

Ocurrió que, invitado a visitar Tierra Santa, en un momento dado el grupo del que formaba parte se detuvo para pernoctar en la mencionada ciudad, próxima al Lago de Genesaret. El hotel, muy moderno y solitario, estaba fuera del radio urbano, algo distante. Después de comer, aunque bastante cansado, decidí visitar el centro y hacia allí me dirigí, a pie.

Ya era noche cerrada y brillaba una luna magnífica. Cuya claridad me permitió advertir que, para alcanzar el poblado, la ruta bordeaba un enorme cementerio, que carecía de tapias o cercos y cuyas numerosas tumbas podía yo distinguir nítidamente, adornadas algunas con las piedras, ni chicas ni grandes, que los judíos suelen colocar sobre los sepulcros para honrar a sus difuntos, tal como nosotros ponemos flores.

Sin ser flojo ni supersticioso, confieso que no me hizo gracia tener que recorrer aquel trayecto, a la vera de tantas sepulturas que la luz de la luna bañaba en azogue. Así que apuré el paso, mirando en torno con disimulada intranquilidad.

Nada se veía en las inmediaciones. A mi espalda, el hotel había quedado bastante lejos. La silueta de la ciudad se recortaba varias cuadras delante mío. El silencio era completo. Y fue entonces cuando,

inopinadamente, oí un silbido que partía de entre las tumbas. El mismo se hizo escuchar nítidamente, dada la quietud reinante en el lugar.

Volví a mirar en derredor, confirmando que no se veía a nadie. Sólo los cuadrados monumentos y las lápidas verticales de las sepulturas, que proyectaban sus sombras muy negras en el claro de luna.

Había aumentado la velocidad de mi marcha cuando oí el segundo chiflido. A raíz del cual me puse a caminar tan rápido como me lo permitía el decoro. Así dejé atrás el cementerio, que seguía silencioso y aparentemente desierto.

En cambio, nada me ocurrió al regresar, ya tarde.

Ilustración página siguiente:  
*El cementerio de Tiberíades*

## IX - UN ROSARIO NEGRO

Esta historia la conozco por tradición oral familiar, aunque no puedo asegurar quién fue el que me la contó. Su protagonista es mi bisabuela materna Petrona Álzaga de Pirovano (*Pitita*). Y ocurrió en un campo de la provincia de Buenos Aires. Cuando oí el cuento me dijeron que ese campo se llamaba *La Fortuna*, nombre que tendría una relación obvia con el relato. Pero, más tarde, alguien me aseguró que ninguna estancia de Álzaga se llamó así. De manera que el dato hay que tomarlo con beneficio de inventario. La versión que sigue es la que figura en el libro que titulé *Mi bisabuelo Pirovano, médico de Buenos Aires*, aparecido en 1985 bajo el sello *Fundación Pirovano*, el cual recataba la generosidad de mi tía Josefina Pirovano de Mihura, cuyo mecenazgo hizo posible la edición, magnífica por cierto.

*Petrona Álzaga –Pita- tiene muy pocos años y veranea en uno de los campos de su familia, próximo al Salado. La casa del casco es grande, con galería de columnas, y está rodeada por un extenso monte de talas. La chica se interna en el monte, seguramente aprovechando una distracción de quienes la cuidan. Los gritos ásperos de algunas aves acuáticas raspan la tarde. Matas de paja brava se alzan aquí y allá; pero, bajo los talas viejos, la sombra ha limpiado el suelo. Camina la chica, llenos de curiosidad los ojos, despierto el interés ante el vuelo lento de una mariposa o la disparada de un cuis. Quizá en procura de una flor, quizá tras el rastro de una lagartija, la niña Pita se acerca a un tala grande, a un tala viejo, igual a tantos otros talas, grandes y viejos, del monte viejo y grande. Bajo las ramas, el suelo aparece limpio. Y, en el suelo, un rosario negro. El rosario está cortado.*

*Vuelve a casa la niña Pita, llevando el rosario negro, feliz con su hallazgo. Y, en la casa, pronto todo es revuelo. ¿Dónde lo ha encontrado? ¿Dónde estaba el rosario? ¿No conocía la niña aquella historia repetida? ¿No sabía que un rosario negro, colgado en la rama de un tala, indicaba el lugar donde un tesoro había sido enterrado en tiempos antiguos? ¡Vamos niña, vamos Pita, muéstrenos el lugar donde halló el rosario!*

*La chica se interna, otra vez en el monte grande, en el monte viejo. La acompañan ahora sus padres, sus hermanos. Y varios peones, provistos de palas. Pero es grande el monte viejo. Y los viejos talas aparecen iguales a los ojos de la niña. ¿Sería éste? ¿Sería aquél? Ningún rastro de lagartija la orienta, ninguna flor la guía. Ante sus indicaciones vacilantes, cavan al pie de este tala y de aquel tala. Nada aparece. A los ojos de la niña todos los talas son iguales.*

*Es ésta la historia de un tesoro criollo, argentino, posible. Es ésta la historia de un tesoro criollo, que sigue enterrado bajo un tala viejo, más allá del Salado, en los pagos del Tuyú.*

Carlos Moreno Vivot, que también tiene sangre Álzaga, me dijo que había oído esta historia, pero referida a una ascendiente suya, creo que hermana de Pitita. Y, según él, la estancia que fue teatro del suceso era *Pancho Díaz*.

Ilustración página siguiente:  
*El hallazgo de Pitita*

## X – CATAFALCO EN LOS ALPES

El curioso hecho que paso a relatar le sucedió a Estela Schindler de Iburguren, abuela materna de mis hijos, allá por la década de los 20.

*Viajaba Estela en automóvil, con su hermano Tito y algún otro familiar, cruzando los Alpes desde Italia hacia Francia, con París como destino. El coche se descompuso, no obstante lo cual pudieron llegar a un pequeño pueblo enclavado en la montaña. Y, mientras el chauffeur se encargaba del automóvil, los viajeros empezaron a visitar el pueblo, comenzando por la iglesia.*

*La iglesia estaba vacía. Y, en el pasillo central, cerca del presbiterio, había un ataúd o quizá un catafalco que hacía las veces de tal, cubierto con un paño negro y rodeado por cuatro velas.*

*La soledad del templo y la vista de aquel túmulo funerario impresionaron a los visitantes que, intranquilos, optaron por abandonar el lugar. Sin embargo, en cuanto estuvieron fuera, admitieron que no había motivo para su desasosiego, decidiendo en consecuencia volver a entrar en la iglesia, para terminar de recorrerla. Así lo hicieron, observando con sorpresa que habían desaparecido aquellos aparejos funerarios que allí estaban momentos antes.*

*Arreglado el coche, los viajeros prosiguieron su marcha y llegaron a París. Para enterarse allí que, el mismo día y a la misma hora en que habían visto el ataúd y los candelabros en la iglesia del pueblito alpino, en Buenos Aires moría un pariente de ellos muy próximo, creo que una abuela de Estela.*

## XI – UNA DEL PADRE CASTELLANI

El padre Leonardo Castellani fue una de las mejores cabezas con que contó la Argentina en el siglo XX. Teólogo, filósofo, poeta, novelista, ensayista, periodista, fabulista y alguna otra cosa que olvido, tuve el privilegio de conocerlo, atenderle algún asunto en el estudio jurídico que tuvimos con Santiago Estrada (h) y recibirlo para comer en casa un par de veces. Fue él, por otra parte, quien bautizó a mi hijo mayor, que también sería sacerdote.

Castellani actuaba con desenvoltura en público y era tímido en privado. Hasta que se sobreponía a su cortedad para transformarse en un contertulio interesantísimo. Fue en una de aquellas comidas cuando nos informó que algún Padre de la Iglesia había creído en la existencia de *ángeles neutrales* quienes, no habiéndose pronunciado durante la batalla entre San Miguel y Luzbel, tendrían una segunda oportunidad para hacerlo en el Juicio Final. Y que, hasta que llegue tal momento, serían *seres que no pertenecen ni a este ni al otro mundo*, manifestándose sus actividades en todos esos sucesos que carecen de explicación natural y que suelen atribuirse a duendes, hadas, elfos y geniecillos de diversa laya. Supimos luego que dicha hipótesis finalmente había sido considerada heterodoxa por el Magisterio, ya que un espíritu puro –como son los ángeles- no estaría sujeto a dudas y sus decisiones no responderían a conclusiones obtenidas al final de un razonamiento discursivo.

También contó la historia que sigue, ciertamente siniestra.



*Años antes (la comida después de la cual el padre hizo esta narración debió tener lugar entre mediados de 1961 y mediados del 63), sus servicios sacerdotales fueron requeridos para administrar el viático a un enfermo que estaba internado en cierto manicomio de Buenos Aires, supongo que el de Vieytes porque no creo que hubiera otro en la ciudad.*

*Mientras disponían lo necesario para que el enfermo recibiera al cura, éste se paseaba por un largo pasillo, llevando la hostia contra su pecho, oculta bajo la sotana. De arriba abajo recorría Castellani el pasillo, al que daban sucesivas puertas, cerradas todas.*

*Y ocurrió que, cada vez que pasaba frente a una de esas puertas –cerrada- el interno que estaba detrás de ella sufría un acceso de furia, golpeándose contra las paredes mientras gritaba como un enajenado:*

*¡Te conozco, pan maldito!*

Con relación al tema, nos comunicó asimismo que en Buenos Aires, según noticias que tenía, se realizaban *misas negras*. Cosa que por entonces no sólo nos horrorizó sino que nos pareció sorprendente, ya que cuesta creer que alguien, explícita y deliberadamente, rinda culto al demonio. Sin embargo, pasado el tiempo, uno vino a enterarse que eso no es tan raro, existiendo bandas de rock que interpretan piezas pródigas en invocaciones a Satanás, implícitas o explícitas. De modo que no ha de extrañar que, en una ciudad tan moderna como Milán, que se alza en plena Comunidad Económica Europea, famosa por su teatro, la elegancia de sus tiendas y la calidad de sus automóviles, el arzobispo, no hace mucho, haya tenido que

duplicar el número de exorcistas autorizados para actuar en casos de posesión diabólica, dado el aumento de los mismos en su diócesis.

Los próximos capítulos ofrecerán al lector otros relatos referidos a esta materia.

Ilustración página siguiente:  
*El Padre Castellani*

## XII – UN MÉDICO ARREPENTIDO

Mi hermano Cruz y su mujer Mercedes vivieron muchos años en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Zona de naranjales, signada por la influencia que ejerce el discurrir del Paraná contiguo. Y fue allí donde tuvieron lugar los sucesos que siguen, ocurridos mientras vivían en la ciudad y siendo párroco el padre Torres, protagonista de los mismos.

*Había un médico en el lugar, cuya profesión le proporcionaba un pasar apenas suficiente para llevar una existencia acomodada. Nada más que eso. Pero sucedió que el hombre compró una casa que transformó en clínica. Y dedicó la clínica a practicar abortos. Con lo cual llenó sus bolsillos de plata y su conciencia de culpas.*

*Andaba viento en popa el infame negocio cuando, en la clínica abortista, empezaron a pasar cosas raras, propias de una casa embrujada: ruidos, gemidos, movimientos de muebles. A raíz de lo cual su dueño empezó a recapacitar y a reprocharse su conducta. Sin decidirse sin embargo a enmendarla.*

*Transcurrió algún tiempo, se intensificaron los sucesos inexplicables que tenían lugar en la clínica y aumentaron los remordimientos del médico. Hasta que, por fin, resolvió terminar con la causa de aquella situación.*

*Arrepentido, marchó a verlo al párroco, pidiéndole que interviniera. Cosa que hizo el padre Torres, acudiendo a la clínica provisto de todos los elementos con que contaba para enfrentar la fuerza maligna que se había posesionado del lugar.*

*Y así tuvo principio una lucha a brazo partido entre el sacerdote y el demonio. Repetía aquél las fórmulas rituales encaminadas a ponerlo en fuga y se repetían en la clínica los ruidos y movimientos que evidenciaban la presencia diabólica.*

*Nada consiguió el cura durante la primera sesión. Y, al comenzar la segunda, el diablo pasó al ataque. Un largo banco de madera se desplazó súbitamente y apretó al padre Torres contra una pared, golpeándole las piernas con fuerza. No obstante ello, redobló el párroco sus invocaciones, procurando desalojar al demonio. Cosa que logró finalmente pues, en un momento dado, se oyó un ruido peculiar e intenso, como el que produciría el chisporroteo de un enorme buscapié que, zigzagueando, buscara una salida por el fondo del edificio. La cual pareció hallar ya que, por un instante, el sonido sonó como si viniera de afuera, antes de culminar con una violenta explosión que conmovió el barrio.*

*Alejado el diablo, volvió la paz a la clínica. Que su dueño, actualmente un feligrés ejemplar, resolvió clausurar definitivamente.*

### XIII – EL CAJÓN DEL PRÓCER

Fue otro sacerdote quien me contó la experiencia que paso a narrar.

*Atendía espiritualmente el cura a una señora que vivía en el Barrio Norte, cerca de Callao y Avenida Alvear. Cierta día la señora le comunicó que en su departamento habían comenzado a suceder esas cosas que sucedían en la clínica del relato anterior, propias de las casas embrujadas. O sea que los muebles se movían solos, se caían los cuadros y toda clase de ruidos se dejaban oír por las noches.*

*Como la situación se repetía, la señora terminó por pedirle al clérigo que tomara cartas en el asunto. Poca gracia le hizo a éste el encargo. Y, dado que carecía de experiencia en la materia, le solicitó a un colega suyo, monseñor actualmente, que lo acompañara a visitar el teatro de los sucesos.*

*Concertada la visita y provistos de abundante agua bendita y de los textos rituales aplicables al caso, llegaron los sacerdotes al departamento. Recibidos por su dueña, empezaron por preguntarle si podía relacionar el comienzo de los sucesos con alguna circunstancia en particular.*

*Se quedó pensando la señora hasta que, finalmente, dijo que sí, que el principio de los hechos había coincidido con un pedido que le formularan, al cual había accedido.*

*Resultó que ella descendía de un destacado prócer de nuestra historia. Resultó también que alguien descubrió que el cajón en el que reposaban los restos del mismo estaba en malas condiciones. De modo que hubo que reacondicionarlo.*

*Para llevar a cabo la reparación, fue necesario retirar del féretro una placa que tenía atornillada, la cual fue entregada a la descendiente del ilustre difunto hasta que concluyeran los trabajos respectivos, pidiéndole la mantuviera en custodia.*

*La mencionada placa había sido fijada en el ataúd por la masonería y, amén de una leyenda alusiva, incluía algunos signos cabalísticos. Y, desde su llegada a casa de la señora, confirmó ésta que allí empezaron a ocurrir los fenómenos que la atemorizaban.*

*Pidieron los curas que les trajeran la placa, comprobando que efectivamente era de carácter masónico. Resolvieron entonces rociarla con agua bendita. Cosa que hicieron, observando con sorpresa y sobresalto que, cada vez que caía una gota en la placa, se evaporaba con un chirrido, como si cayera sobre una plancha candente. Aunque la placa estaba fría.*

*A la vista del curioso fenómeno, observado por todos los presentes, mi amigo sacerdote recomendó a la señora deshacerse de aquella placa, arrojándola en algún lugar inaccesible, como ser el medio del Río de la Plata. Así lo hizo la señora y cesaron los ruidos nocturnos, el movimiento de muebles y las caídas de cuadros.*

#### XIV- ¿SEGUNDA OPORTUNIDAD?

Para concluir con estos relatos de origen clerical incluyo el siguiente, que le oí contar a monseñor Anunciado Serafini, obispo de Mercedes, provincia de Buenos Aires, después de un asado en Huinca Hué, bajo el monte de pinos que había entre la casa principal y la del encargado. Diría que ese asado habrá tenido lugar allá por los años 50.

*El narrador era entonces un cura joven, a cargo de una parroquia que, sin que pueda afirmarlo con certeza, me parece que se encontraba en el Uruguay. Una noche de invierno, muy fría y desapacible, un hombre lo despertó a altas horas de la madrugada, pidiéndole administrara los últimos sacramentos a un moribundo.*

*Le costó al clérigo resolverse a cumplir con las obligaciones de su ministerio, ya que, como dije, ni la hora ni las condiciones del tiempo colaboraban para hacerlo. Venció no obstante su vacilación, se vistió, se abrigó y, envolviéndose el cuello con una bufanda negra, se puso en marcha detrás del hombre que requiriera sus servicios.*

*Caminaron en medio de la noche, glacial y tormentosa, hasta llegar a la casa donde agonizaba el enfermo. El ambiente de ésta era el que suele reinar en los lugares donde hay una persona grave, se veían pequeños grupos de gente que hablaba en voz baja y tomaba café, aguardando un desenlace inminente.*

*Guiaron al sacerdote hasta la habitación del enfermo, a quien administró los sacramentos. Hecho lo cual se despidió y regresó a su parroquia para seguir durmiendo.*

*Se levantó por la mañana y, ya vestido, advirtió que había olvidado su bufanda en el cuarto de aquel agonizante que visitara horas antes. Como recordaba perfectamente el camino, se dirigió a la casa donde estuviera, a fin de recuperar la prenda.*



*Pero, al llegar, advirtió con sorpresa que la casa aparecía desierta. Una cadena con candado clausuraba la puerta. Se valió del llamador sin embargo y, no obteniendo respuesta, golpeó las manos insistentemente. A raíz de ello apareció un vecino, quien, solícito, le informó que la finca estaba abandonada desde años atrás. Manifestó el cura su extrañeza, explicando que había estado en ella esa madrugada. E insistió el vecino diciendo que eso era imposible, pues allí no había nadie. Agregando, para más datos, que la llave del candado la tenía otro vecino, al cual se la podían pedir para corroborar el dato.*

*Abierta la puerta, observó el cura que, sin lugar a dudas, se trataba del mismo sitio donde estuviera horas antes. Sólo que, manifiestamente, nadie había estado en él desde mucho tiempo atrás. Humedad, telarañas, polvo y muebles derrengados. Parecía realmente imposible que en esas habitaciones que olían a moho pudieran haber estado, poco antes, grupos de gente conversando y tomando café.*

*Pese a su desconcierto, dado que recordaba la distribución de la casa, el sacerdote se dirigió al cuarto donde atendiera al enfermo. El cuarto estaba vacío y en estado de completo abandono. Pero, en una silla que allí se veía, estaba su bufanda negra.*

Ilustración página siguiente:  
*La bufanda olvidada*

## XV – EL CRUCIFIJO ENTERRADO

Pedro era hermano de Francisco Centurión, de quien ya he hablado. Francisco era flaco, Pedro era gordo. Francisco era muy serio, Pedro travieso y bromista. Salvo la dirección de las obras de la casa, en Lihué Calel, Francisco siempre desarrolló actividades relacionadas con la explotación del campo. Pedro, aunque terminó sus días como chacarero, pasó gran parte de su vida manejando un camión, en el cual transportaba cargas entre Daireaux y Bahía Blanca. Por otra parte, tal como surge del relato que hiciera mi padre y que he transcripto más arriba, fue a bordo del camión de Pedro como llegaron a las sierras los materiales y los operarios que trabajaron en la construcción de aquella casa. En lo que me atañe, uno de mis programas favoritos, cuando era muchacho y vivía en *Huinca Hué*, consistía en ir a pasar el día en la chacra de Pedro, cazando palomas con carabina 22 (tanta era la cantidad de ellas que había en los árboles de la chacra que, una vez, le tiré a una y cayeron tres). Con referencia a esas excursiones, también debo dejar constancia respecto a las formidables milanesas con huevos fritos que, para el almuerzo, preparaba Etelvina, la mujer de Pedro.

Pues bien, descripto el narrador y su circunstancia, paso a consignar un cuento de luces del que fue protagonista.

*Pedro era chico y trabajaba como peoncito en una estancia que estaba cerca de Urdampilleta, provincia de Buenos Aires. O, si prefieren, cerca de Torrecita, como llamaba a ese pueblo la gente antigua.*

*Una noche, Pedro y el encargado del establecimiento se quedaron en la materia hasta más tarde que lo habitual. Y fue entonces cuando aquél le señaló una luz, que aparecía con cierta regularidad en un montecito de frutales, algo retirado del casco. Comentó el encargado que donde sale una luz suele haber plata y, acto seguido, expresó su intención de comprobar si eso era cierto, marchando hasta el montecito e invitando a Pedro para acompañarlo en su excursión.*

*La disyuntiva que se le planteó al chico era de hierro: acompañar al encargado, cosa que le producía un miedo tremendo, o quedarse solo en la materia hasta que el encargado regresara, lo cual le causaba más temor aún. Trémulo, eligió lo primero.*

*Recordaba Pedro que recorrió el trayecto pegado a los talones del encargado, atentos a la luz que brillaba allá adelante. Así, como un par de navegantes guiados por el resplandor de un faro, llegaron a destino internándose entre los frutales.*

*La luz surgía del suelo, de entre las raíces de un viejo duraznero en cuya copa se reflejaba. Y -Pedro fue preciso en la descripción- se trataba de un resplandor “como el de los números de un reloj despertador”. Es decir, mitigado y verdoso.*

*Sacó el encargado su cuchillo y lo clavó en el suelo, exactamente allí donde surgía la luz. Hecho esto, ambos regresaron a “las casas” (sabido es que en el campo se dice “las casas” aunque se trate de una sola construcción). Pasado el susto, Pedro se durmió pensando en qué hallarían al día siguiente, cuando cavaran en el lugar señalado por el cuchillo clavado en tierra.*

*Alto el sol y armado de una pala se dirigió al montecito el encargado, seguido por el chico. Que caminaba mucho más tranquilo que horas antes, confortado por la luminosidad de la mañana.*

*Hallado el cuchillo, comenzó la excavación. Y, como a un metro de profundidad, la pala puso al descubierto un gran crucifijo de plata, enterrado vaya uno a saber cuándo, quizá ante la posibilidad de un avance de los indios.*

*Al encargado lo habían atendido bien, tiempo atrás, en el hospital de Guaminí. De modo que resolvió donar su hallazgo al mismo. El crucifijo aún presidía una de sus salas cuando Pedro me contó esta historia.*

## XVI - MENSAJE DEL MÁS ALLÁ

Mi hermana Cati está casada con Arturo Ossorio Arana, que acaba de jubilarse como Embajador. Y fue él quien me contó la historia que sigue, la cual oyó en España a un diplomático uruguayo, amigo suyo, cuyo nombre me dio pero prefiero omitir, pues no estoy expresamente autorizado a mencionarlo.

*El diplomático estaba comiendo –cenando- en el comedor de la gran casa que su familia tenía en Montevideo. Un comedor de techos altos y cortinados sombríos, que daban marco a una mesa con capacidad para muchos comensales. Como corresponde a cuentos de este tipo, me permito presumir que era aquella una noche desapacible y que la lluvia golpearía contra las persianas cerradas.*

*Sin que hubiera habido algún motivo específico para ello, las conversaciones se acallaron por un momento, entre el sonido amortiguado de dos truenos. Y fue entonces cuando, nítido, rompió el repentino silencio un sonido cristalino, como el que produciría una fina copa golpeada por un objeto de metal. Al oír tal sonido, el padre de quien contó el suceso se demudó y, profundamente impresionado, balbuceó con voz alterada:*

*- Fulano ha muerto y existe la vida eterna.*

*Algo repuesto, quien eso dijo agregó lo siguiente: muchos años antes, siendo muchacho, se encontraba en un local de diversión nocturna, junto con un amigo suyo. Aquella había sido una extensa velada, pródiga en tragos y alegres compañías. Sin embargo, avanzada la madrugada, fue mermando la animación de ambos juerguistas. Quienes, en un reservado, exhaustos y torpe la lengua, se enzarzaron en consideraciones metafísicas, cuyo meollo consistió en dilucidar si existe o no otra vida tras la muerte.*

*Arrimaban los camaradas de aventuras argumentos a favor y en contra del enigma en discusión. Hasta que, por fin, uno de ellos propuso juramentarse a fin de que el primero que muriera comunicara al sobreviviente la eventual existencia del más allá.*

*-¿Y cómo se podría dar ese aviso?- preguntó el otro.*

*-Así- respondió el de la idea. Y, tomando un cubierto de la mesa, golpeó con él la copa que tenía delante, la cual produjo un sonido nítido y cristalino. Idéntico al que acababa de hacerse oír en el amplio comedor donde estaba reunida la familia del diplomático, en Montevideo.*

*Casi resulta ocioso aclarar que a esa hora, efectivamente, había muerto quien, junto con el dueño de casa, asumiera el compromiso de informar respecto a la vida eterna, fundado ya en su personal experiencia.*

Ilustración página siguiente:  
*El pacto de los amigos*



## XVII – LAS PORAS

Y ya que he mencionado a Cati y Arturo, agregaré otra referencia vinculada con ellos y con los temas de esta obra. Resulta que Arturo fue embajador argentino en Paraguay. Y, mientras estuvo allí, vivió con su familia en una casa de las afueras de Asunción, donde yo también pasé unos días en ocasión de visitarlos.

Se trataba de una casa pródiga en sugerencias, tanto por su arquitectura colonial como por el pasado que cobijaban sus anchas paredes. Las puertas eran de maderas indestructibles y las ventanas carecían de vidrios pues, habitualmente, la dulzura del clima los tornaba innecesarios. Grande, con techo de tejas y un amplio patio interior, había pertenecido al *doctor Francia*, es decir a José Gaspar Rodríguez de Francia, que gobernó el Paraguay con mano de hierro desde 1814 hasta su muerte, en 1840. El título que invistió durante tan extensa gestión fue el de *Dictador Perpetuo de la República*, siendo sucedido por su sobrino Carlos Antonio López, padre a su vez de Francisco Solano, quien regía el país cuando la Guerra de la Triple Alianza.

Dada la personalidad del Doctor Francia (protagonista del libro “Yo, el supremo”, de Augusto Roa Bastos), no ha de extrañar que, como vestigio intangible de su paso y, quizá, del de algunos que pudieron ser sus víctimas, la vieja casa fuera frecuentada por las *poras*.

¿Qué son las *poras*? Sencillamente espíritus, fantasmas, almas en pena, ánimas de finados que, por una razón u otra, se hacen presentes en este mundo, preferentemente en los lugares donde transcurriera su vida mortal.

En la casa del doctor Francia había un cuartito que era el preferido por las *poras*. Allí estaba instalado el teléfono, tenía una puerta que daba afuera y también servía para guardar platos, copas y cubiertos. Se sabía que era visitado por las ánimas pues, hallándose totalmente vacío, en él se oían conversaciones quedas, tintineaba la cristalería en las alacenas y la puerta jugaba en su marco pese a encajar perfectamente en el mismo.

En procura de alguna explicación razonable, mi hermana supuso que, por razones técnicas que ignoraba, quizá el teléfono dejara escapar sonidos de voces. Pero, puesta a verificar su hipótesis, debió descartarla de plano, ya que las conversaciones que se hacían escuchar no provenían del aparato.

No tuve yo el privilegio de oír susurrar las *poras*. A las que sí oyeron muchas veces Cati, Arturo y sus hijos. Que no me dejarán mentir.

## XVIII – CUANDO EL DIABLO LLAMA A LA PUERTA

No todos los cuentos de luces y aparecidos han de ser, necesariamente, aterradores. Prueba de ello es el que sigue. Que me contaron durante una sobremesa, en la localidad de Cruz Alta, que queda en el deslinde de las provincias de Córdoba y Santa Fe, próxima a la cual lo fusilaron a don Santiago de Liniers.

*Resulta que en las afueras de dicha población o de algún pueblo próximo, cerca del cementerio vivía un hombre, solitario y malhumorado. Era extranjero, centroeuropeo, quizá polaco. Hablaba mal castellano, con fuerte acento. Y, tal vez por la ubicación de su casa, vecina al cementerio como dije; tal vez por vivir solo, lo cual mantenía en penumbras parte de su vida; tal vez por sus malas pulgas; tal vez por alguna de esas cosas, por la suma de todas ellas o por otras que ignoro, lo cierto es que en la zona se corrió el rumor de que el hombre tenía tratos con el diablo. Y ya se sabe lo que pasa cuando un rumor hace camino. La gente empieza a repetirlo, cada cual lo adorna un poco y, al poco tiempo, no sólo se lo tiene como indudablemente cierto sino que, además de adquirir certeza, la versión contará con numerosos detalles agregados al pasar de boca en boca.*

*Algo así ocurrió con las habladurías referidas a la relación del polaco con Satanás. Supuesto que aquel extranjero fuera efectivamente polaco y supuesto también que el demonio que lo visitaba fuera Satanás y no Lucifer, Luzbel, Belial, Asmodeo, Lilith, Mefistófeles, Pedro Botero, El Malo o cualquier otra de las personalidades asumidas por el Maligno.*

*Y digo que algo así pasó con aquellas versiones pues, no mucho después de haber empezado a circular, el vecindario las dio por auténticas. Salvo un grupo de muchachos del pueblo que tomaron la cosa para la chacota. Y que resolvieron darle un susto al polaco.*

*Puestos de acuerdo entre sí, esperaron una noche oscura y tormentosa. Animados por actuar en grupo salieron al despoblado, bordearon la tapia del cementerio y alcanzaron la casita del polaco, donde no se veía ni una luz. El más decidido dio varios golpes en la puerta, que retumbaron en el interior. Sin respuesta el llamado, repitió los golpes el muchacho. Y fue recién entonces cuando, desde adentro, se oyó la voz del polaco preguntando:*

*-¿Quién es?*

*-El diablo- respondió uno de los del grupo, con voz cavernosa.*

*Oído lo cual y lejos de asustarse, volvió a preguntar el polaco tranquilamente:*

*-¿Y qué precisa?*

*Demás está decir que, comprobada así la familiaridad del polaco con Mandinga, los asustados fueron los muchachos.*

## XIX – UNA LUZ EN LA CALDENADA

Ricardo Zuberbühler era primo de mamá, ya que sus madres eran hermanas (respectivamente Celina Pirovano de Zuberbühler, *Chileca*, y Catalina Pirovano de Pirovano, *Cata*). *Huinca Hué*, nuestro campo, era vecino de *La Celina*, propiedad de Zuberbühler. Así que Ricardo venía a visitarnos de vez en cuando.

Pero no era *La Celina* el único establecimiento de los Zuberbühler. Quienes, por el contrario, tenían y tienen unos cuantos más, distribuidos en distintos puntos del país. Ricardo administraba, entre otras, una de esas estancias: *El Puma*, en la localidad de Epupel, provincia de La Pampa.

La característica más destacada de *El Puma* es que buena parte de su extensión la constituían grandes caldenadas. El otro detalle a tener en cuenta con respecto a la narración que sigue es que contaba con un puesto, el cual se hallaba a buena distancia del casco, rodeado de caldenes y habitado por un puestero que lo ocupaba desde hacía bastantes años.

Una tarde –la tengo bien presente-, probablemente a fines de los 40, Ricardo Zuberbühler vino a tomar el té a *Huinca Hué* (la hora del té era la preferida para sostener la vida social mediante visitas entre quienes, sea

en forma permanente, sea en calidad de veraneantes, poblábamos las estancias de la zona). Y fue en esa oportunidad que narró circunstanciadamente la espléndida historia que reproduzco a continuación, cuyos detalles recuerdo nítidamente y que constituye un modelo perfecto en su género.

*El puesto de El Puma al que acabo de hacer referencia estaba, como dije, bastante retirado del casco. Y, repito, un puestero lo ocupaba desde tiempo atrás. Cosa que explica la sorpresa del mayordomo –Chávez de apellido- cuando se le apersonó un día para pedirle le arreglara las cuentas, pues había decidido renunciar a su trabajo.*

*Inútil fue la insistencia de Chávez para que le hiciera conocer las razones de su decisión. Tímido y reservado dio mil vueltas pero no soltó prenda. Por fin, vista la inutilidad de sus inquisiciones, el mayordomo se dio por vencido y le hizo pagar al puestero la plata que le correspondía cobrar por su retiro.*

*Pero ocurrió que, días o semanas después, supo Chávez que el hombre se había colocado no lejos de allí, teniendo que trabajar más y ganando menos en sus nuevas funciones. Cosa que le llamó la atención hasta el punto de ir a verlo para volver a preguntarle el motivo de su renuncia.*

*Mantuvo el requerido sus evasivas hasta que, por fin, acosado por Chávez respondió diciendo:*

- Veá, señor, si le digo por qué me fui usted se va a reír de mí.
- Faltaba más –lo tranquilizó el mayordomo-, cuénteme qué le pasó.

*Y así, asediado, como quien accede a que le arranquen una muela, relató el interrogado que había dejado su trabajo porque, a partir de un momento dado, una luz –luz mala, se entiende- le había empezado a hacer la vida imposible.*

*Noche a noche aparecía la luz, ocasionando un barullo de perros que aullaban aterrados, enloqueciendo al caballo nochero, que se había disparado en más de una ocasión por ese motivo.*

*Según temía el hombre, Chávez no tomó en serio su historia. Pero, advirtiendo no obstante que la decisión de abandonar definitivamente el puesto era firme por parte de su interlocutor, terminó por admitirla. De modo que resolvió proveer la plaza vacante.*

*Y empezó el desfile de candidatos a puestero. Que mantenían su candidatura pocos días. O pocas noches, para ser preciso. Pues, en efecto, no aguantaban mucho más de una o dos. Transcurridas las cuales abandonaban el puesto, en los dos sentido del término. Contando siempre la misma historia.*

*Historia que consistía en lo siguiente: cerrada la noche, en un momento dado empezaban a ladrar los perros desesperadamente, se asustaban los caballos y aquel que se animara a investigar qué pasaba observaría una gran bola de fuego que, navegando a distintas alturas, sea a flor de tierra, sea rebotando en las copas de los caldenes, causaba esos efectos en los animales.*

*Entre los postulantes a ocupar el puesto hubo un correntino, hombre de agallas que manifestó no temer a luces ni aparecidos. Y que se dispuso a pasar allí la noche, proveyéndose de una estampita y un revólver de grueso calibre.*

*Luego contaría que, terminada la cena y cuando se aprestaba para dormir, comenzó el consabido revuelo de los perros y la inquietud de los caballos. De modo que abrió la puerta para corroborar su causa. Dando así de manos a boca con aquella bola de fuego que flotaba frente a ella, como aguardándolo.*

*Trancó el correntino la puerta, prendió una vela a la estampita y, al día siguiente, comunicó su firme decisión de no volver al puesto.*

*Como el problema se prolongaba, Chávez no tuvo más remedio que informar a Ricardo sobre la situación planteada. Que éste tomó un poco a la chacota, atribuyéndola a sugerencias de gente crédula y con poca instrucción. Sin embargo, a fin de contar con más elementos de juicio, le encargó a un pocero alemán –hombre instruido- que averiguara lo que estaba sucediendo.*

*En su siguiente viaje a El Puma, preguntó Ricardo al alemán qué había averiguado, respondiéndole éste que la situación era real y no le encontraba explicación. Que la luz aparecía en cualquier momento de la noche, con cualquier estado del tiempo, con viento y sin viento, con neblina y sin neblina, con seca o humedad, con cielo limpio o encapotado, a distintas alturas y moviéndose en un área bastante extensa. Agregó que, en tren de explicarse el problema, había pensado que podía tratarse de unos grandes*



*murciélagos luminosos que existían en algún lugar de Alemania. Pero que esa luz –a la cual había visto– nada tenía que ver con tal clase de murciélagos ni con nada que se les pareciera.*

*Así las cosas viajaban una noche Ricardo y Chávez, en automóvil, desde El Puma a La Celina. Y venían hablando de la luz y de los inconvenientes que suponía su presunta aparición, ya que nadie duraba en el puesto. Preguntó Ricardo:*

- Vos no creerás esas historias ¿no?
- Y... a la fuerza tengo que creerlas porque también vi la luz.
- No puede ser, con tu educación y creyendo cuentos de paisanos.
- ... Vea, señor. Sáquese las dudas... Allí, a la derecha, está la luz.

*Contaba Ricardo que se trataba de un camino transversal que cortaba aquel por el que iban. Y que, a cierta distancia, brillaba intensamente una luz. No vaciló y giró a la derecha, resuelto a establecer de qué se trataba aquello.*

*Tomó la precaución de mirar el cuentakilómetros, pudiendo establecer así que anduvieron una legua, es decir cinco kilómetros. Hasta tener la sensación de que pisarían la luz.*

*Se destacaba, brillante bajo el resplandor de los faros. O sea que era más intensa que éste. Y aparecía, efectivamente, como una bola de fuego, rojiza, de aproximadamente un metro de diámetro, flotando a cierta altura del suelo, algo a la derecha del camino.*

*Frenó Ricardo el coche y se quedó inmóvil, mirando lo que tenía ante sí, cuya existencia ya no podía negar. Fue entonces cuando la luz, muy lentamente, empezó a moverse de derecha a izquierda, suspendida en el aire, cruzando el camino. Alcanzado el otro borde del mismo se detuvo y, después, se comenzó a elevar hasta disolverse ante los ojos de Ricardo y Chávez.*

*Tardaron éstos un buen rato en recobrase. Por fin Ricardo le dijo a Chávez:*

*- Qué cara que tenés...*

*A lo cual respondió el encargado, entre irónico y respetuoso:*

*- Y usted no se vé la suya...*

Ilustración página siguiente:  
*La luz de Epupel*

*Bajaron de coche, recorrieron el lugar y nada encontraron. Resolviendo, eso sí, demorar el viaje y volver a El Puma para pasar la noche. Al día siguiente regresaron al sitio de su encuentro con la luz. Para hallar allí solamente sus propias huellas.*

Hasta aquí la historia que Ricardo Zuberbühler relatara aquella tarde en *Huinca Hué*, mientras tomaba el té. A la cual le haré sólo un agregado para completarla.

Pues a mi padre le impresionó el relato. Respecto al cual nos dijo:

*- En esos campos de La Pampa hubo muchas muertes. Indios y milicos que cayeron en los encuentros sostenidos durante la conquista del desierto. Discusiones de boliche que terminaban en peleas a cuchillo. Asaltos de bandoleros como Bairoleto... Y, a veces, las almas del purgatorio piden sufragios de maneras sorprendentes. Cuando vaya a Lihué Calel, al pasar por General Acha le encargaré a los salesianos que celebren algunas misas por esa alma que puede estar pidiendo oraciones mediante las apariciones de la luz en Epupel.*

Papá cumplió su propósito. Y la luz dejó de aparecer.

## EPILOGO

Podría sumar otros relatos a esta serie de ellos. Pero, en homenaje a la seriedad del tema, sólo he querido incluir aquí los que conocí de primera o, a lo sumo, de segunda mano. De todas maneras, esta es una obra de *final abierto*, como suele decirse en forma algo pedante. O sea que le podré agregar nuevos cuentos que vaya conociendo, siempre que cumplan con el requisito señalado. Concluida de momento mi tarea, sólo desgranaré algunas consideraciones para darle remate.

Quizá se pregunte el lector si creo yo en luces y aparecidos. Ante esa pregunta, mi respuesta sería afirmativa. Y paso a explicar por qué.

En primer lugar porque historias de este tipo –historias de duendes, gnomos, brujas, hadas y fantasmas– se repiten desde la más remota antigüedad. Y sería incongruente que se hayan contado desde siempre si no hubiera en ellas algo de cierto.

Ilustración página siguiente:  
*Gnomos, brujas, hadas y fantasmas*

En segundo término porque, en lo que se refiere a las aquí recogidas, provienen de lo que un periodista podría calificar como *fuentes seguras*. Es decir, que quienes me las narraron eran personas serias, poco inclinadas a fantasear, que gobernaban la imaginación y que se conducían con normalidad en su vida cotidiana. O sea, gente en cuya palabra razonablemente se podía confiar.

Por otra parte, si vamos a ver, la mayoría de tales relatos tienen explicación, siempre que admitamos la realidad de lo sobrenatural. Y ocurre que muchos de nosotros efectivamente la admitimos, desde el momento que creemos –como corresponde– en la existencia del alma, del cielo y del infierno, de la corte celestial. Pero ¿aceptar dichas verdades supone tener que prestar también asentimiento a los cuentos de luces y aparecidos? No, no supone eso. Es posible, naturalmente, creer en Dios, en la vida eterna, y no creer en fantasmas. Sin embargo, lo que quiero señalar es que, en clave sobrenatural, los cuentos de luces y aparecidos encuentran una explicación. Diría que la única explicación razonable en ciertos casos. No en todos, ya que determinados sucesos, como el del crucifijo de plata enterrado al pie del duraznero, pueden explicarse sencillamente, conforme a leyes físicas (los metales enterrados generan fosforescencia).

A propósito del *juego de la copita* que, con algo de osadía y mucho de frivolidad, suele practicarse en sociedad para interrogar a los difuntos, decía un sacerdote que conocía mi padre y que había tenido alguna experiencia en lances extraterrenos:

- *No se debe jugar con esas cosas. Porque la frontera entre lo natural y lo sobrenatural es muy frágil.*

Apuntaré por último que resulta contradictorio el escepticismo de la gente respecto a cuestiones de esta naturaleza, cuando, paralelamente, admite sin vacilar hipótesis científicas, históricas o filosóficas decididamente fantasiosas.

Buenos Aires, agosto del 2004

